

yas rocas acantiladas de la margen derecha perduran restos del castillo de Peñarroya, y muy poco más abajo quedan los molinos de medieval abolengo nominados La Parra y Santa María, más el Nuevo; fertilizan las aguas del Guadiana a la vega de Argamasilla y, discurriendo cada vez más modestas, acaban por sumirse bajo tierra pocos kilómetros adelante, para reaparecer en el término municipal de Villarrubia de los Ojos.



El arruinado castillo de Peñarroya, cobijo hoy de un santuario consagrado a la Virgen de esta advocación, tiene su asiento en el borde de la meseta rocosa asomada a una profunda angostura donde en la actualidad construyen la presa de un pantano; por esta parte resultaba inexpugnable, toda vez que los peñascos en que se apoya son altos y cortados casi a pico, pero, en cambio, era muy vulnerable desde la parte llana; las peñas que le sirven de sólidos cimientos llegan apenas a media ladera, y por ésta asciende un camino hasta remontar la cumbre y llegar a la antigua puerta del castillo.

En sus primeros tiempos, la fortaleza de Peñarroya o Peñarroya fué alcazaba moruna, consistente en un recinto de forma cuadrilátera irregular ajustada a los accidentes del terreno y formado por paredes almenadas con torres saledizas en las esquinas, así como en el promedio de los muros para, mediante ellas, atender a la defensa de flanco; junto a la torre mayor, situada en el ángulo noroeste, estaba la puerta de entrada, rodeando por dos lados al sencillo edificio un foso excavado en la roca viva, innecesario en el resto del circuito, pues las rocas escarpadas constituían defensa inmejorable; quedaba en el interior extenso patio de armas, con habitaciones en torno, y en la parte más baja de aquél un aljibe ahondado en la roca, para recoger las aguas pluviales. Tras la reconquista definitiva de la región, ya en el siglo XIII el castillo de Peñarroya sufrió una profunda modificación con arreglo al tipo cristiano de arquitectura militar, tendente a reducir el área de la fortaleza cuanto fuera posible con objeto de facilitar su defensa con cierto número de hombres y a hacerla menos vulnerable gracias a un recinto exterior, más bajo, provisto también de torres saledizas, rodeado del correspondiente foso, y abriendo en este segundo recinto o barbacana la puerta de ingreso, muy lejos de la correspondiente al recinto principal, para que quien penetrase por aquélla hubiera de recorrer largo camino, expuesto a los tiros desde los altos muros almenados. Cuanto he dicho hasta aquí, y sin necesidad de detalles más prolijos, puede comprobarlo el curioso lector en las fotografías, plano y dibujos que acompañan a este trabajo, debiendo advertir que mi visita a Peñarroya duró media hora escasa, entonces hice un croquis apresurado, tomé escasas notas, y quizá por esos motivos dichos elementos gráficos no son muy exactos.

Del castillo sólo quedan la robusta torre del homenaje, los muros apertillados y torres en los sectores Norte y Este, un murete y pequeño cubo, así como parte del muro en el ángulo noroeste, indicios de torreones y murallas meridionales, la pared separatoria entre el primer patinillo junto a la torre mayor y el patio de armas, la excavación del aljibe, el foso circundante y la